

DISCURSO DEL EXCMO. Y REVMO.
SR. D. FERNANDO SEBASTIÁN,
ARZOBISPO DE PAMPLONA

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, queridos hermanos en el Episcopado, Señor Decano, profesores, alumnos, asistentes todos, amigos y hermanos.

Solamente dos ideas querría yo presentaros en estos momentos. Ante todo es obligado, como Arzobispo de Pamplona, expresaros mi bienvenida a la ciudad de Pamplona, a la Iglesia de Navarra, una Iglesia antigua, venerable, tensa, a veces agitada, fecunda, misionera, seductora; donde se trabaja mucho y se sufre a veces, y en la que estoy muy a gusto.

Yo espero también que todos los que habéis venido aquí con ocasión del Congreso os encontréis cosas bonitas que ilustren vuestra fe y distraigan vuestro espíritu. Aunque yo no tengo nada que ver en el interior de la Universidad, os puedo dar garantía por esa relación habitual y familiar que tengo con ella, de que os van a acoger bien, que vais a estar muy bien y que lo vais a pasar muy bien en estos días del Simposio.

Dicho esto, debo también felicitar a los organizadores por el tema que han escogido, tan actual y tan importante, tan fecundo: *Cristo y el Dios de los cristianos*, que se explica un poco con el subtítulo como siempre, los subtítulos a veces son los títulos verdaderos, *hacia una comprensión actual de la Teología*.

Queréis tomar un poco el pulso a la Teología, hacer balance de lo que ha sido la investigación, la evolución, los cambios de sensibilidad en la Teología en los últimos decenios de este siglo, y a mí, eso me parece una labor muy importante; formativa para los que estáis en la Facultad y fecunda también para los que vivís en esta hermosa tarea de la reflexión y la investigación y la difusión teológica.

Porque la Teología cumple un papel muy importante en la vida de la Iglesia. La Teología es como el *radar de los aeropuertos* dentro de

la Iglesia, está mirando y girando a todas las partes para ver qué movimiento hay en torno, a quién hay que acoger, cómo hay que acogerlo, qué palabra podemos decir a aquel que se acerca o a aquel otro que se aleja, es la reflexión lenta, permanente del creyente al servicio de la fe, al servicio de la palabra de la fe, al servicio de la credibilidad del mensaje.

Os sugeriría que examinéis o que subrayéis mucho para el futuro esa naturaleza de la Teología, su estricta relación de origen y de servicio con la fe de la Iglesia. La Teología es una voluntad de claridad, de precisión, de credibilidad, de oferta, de comunicabilidad, que nace del interior mismo de una fe querida y vivida. No puede haber una fe intensamente amada sin un conato al menos de Teología. Si se ama la fe, uno trabaja para entenderla mejor, para expresarla mejor, para poder comunicarla mejor, y esas son las raíces permanentes clásicas, auténticamente vivas, eclesiales, de la buena Teología. Pues como todas las cosas hay Teología mejor y peor. Que nazca y que sirva a la fe de la Iglesia, desde una fe vivida, desde una fe comunitaria. Con autenticidad. No puede haber buena Teología si el teólogo no es un buen creyente, un buen creyente con el ánimo de enraizarse bien en la fe de la Iglesia, en la fe apostólica.

A veces el método de la Teología, se dice, es un método rememorativo, histórico; más hondamente, el método de la Teología es fidelidad. Fidelidad eclesial, fidelidad apostólica, de ahí nace la llamada histórica de la Teología, saber qué creemos; por qué creemos; de dónde y cómo nos viene la fe que creemos en sus términos más exactos posibles.

Tengo que felicitaros también por el acierto de las cuestiones complementarias, cuestiones teológicas que habéis seleccionado y que yo instintivamente había señalado en mis apuntes como temas privilegiados de la Teología del futuro.

Porque si la Teología tiene que ser —como yo creo— un servicio muy estrecho a la fe de la Iglesia, entre otras cosas para hacerla permanentemente comunicable, en los distintos momentos y lugares culturales donde la Iglesia anuncia y celebra el evangelio de Jesús, los misterios de la salvación, la Teología del futuro tendrá que estar, tendrá que saberse sierva de la evangelización.

Hacemos Teología o hacéis Teología, hacéis Teología, —sí, no pierde uno la nostalgia de aquellos años—, hacéis Teología para ayudar a la Iglesia en su tarea de evangelización, para buscar fórmulas que renueven el esplendor de la fe, de tal manera que la hagan atractiva, seductora, por supuesto, sin traicionarla.

El arte de la buena Teología es sacar el brillo interior de la fe, el suyo, no ponerle falsos brillos de los latiguillos culturales prestados de

la calle; la fe vivida y bien expresada es esplendorosa por sí misma, es convincente por sí misma, sin darle barnices de actualidad que muchas veces más que manifestarla la ocultan o la empobrecen.

En ese sentido creo que tiene que ser una fe muy responsable pastoralmente, no en detrimento del rigor científico de la fe, de la Teología, no en detrimento del rigor científico de la Teología, que a veces se ha querido fabricar una Teología pastoral más vendible, menos rigurosa que la Teología-Teología: la Teología tendrá que pastoralizar la fe, no en detrimento de la fe, no en detrimento del rigor científico de la Teología, sino precisamente como norte seleccionador de la estructuración de las formulaciones, de las preocupaciones que dirijan la labor teológica en todos los aspectos que lleva consigo el método teológico.

Y en ese sentido me alegra ver que pensáis subrayar, por ejemplo, todos los precedentes antropológicos, filosóficos, los *praeambula fidei*, que lleva consigo el anuncio y la aceptación del mensaje de Jesús. En la experiencia pastoral vemos que la fe de las generaciones jóvenes se derrumban o se bloquean muchas veces por falta de una suficiente armazón de la persona. La persona no es suficientemente consciente de sí misma, de su libertad, de su trascendencia, de su categoría de rey del mundo, e interlocutor de Dios y mientras la persona no alcanza una cierta talla personal es difícilmente capaz de recibir y de asimilar el mensaje del Evangelio.

Pienso que la Teología del futuro tendrá que dedicar tiempo a esa tarea preliminar de preevangelización, no digo que un tiempo cronológico, pero en el anuncio del evangelio hay que ampliar la atención al sujeto del Evangelio, a construir, a suscitar por obra del Evangelio mismo la talla, la amplitud, la dignidad del oyente de la Palabra.

Pienso que la Teología del futuro tendrá que ser también muy eclesial, en un mundo tan culturalmente fraccionado y además tan arrogante, una cultura tan arrogante, la fe cristiana, la Teología cristiana, el mensaje cristiano, tienen que tener una conciencia muy fuerte de su unidad, de su unidad histórica, de su unidad católica, con toda la estructuración jerárquica que la Iglesia y la fe llevan consigo.

Eso no es una merma de la libertad creativa del buen teólogo, es una garantía de que el árbol de la Teología crece en la tierra y con el agua, con el riego que le corresponde.

Conseguir, poco a poco, penosamente, algo tan importante como la relevancia, el respeto, la credibilidad de Dios, de la Religión, de lo religioso, en nuestra cultura tan duramente tentada por la soberbia del materialismo.

Es una tarea difícil, pero creo que nos tenemos que esforzar todos para aumentar, para intensificar el acercamiento, la ósmosis, entre los

laboratorios de la Teología, que los tiene que haber y las primeras líneas del trabajo pastoral. Yo siempre he dicho que la Teología, la enseñanza de la Teología, el estudio de la Teología es acción pastoral, pero esta acción pastoral que es la elaboración de la Teología, precisamente por eso mismo, tiene que tener un estrecho contacto con el ejercicio real de la pastoral en la trinchera de las Parroquias, de las Catequesis, de los Ejercicios, de los Cursillos, del trato directo con el pueblo de Dios.

Es un poco el cuadramiento del círculo lo que se pide, el rigor científico y a la vez la experiencia de la relación directa con el pueblo de Dios en la difícil tarea de difundir, anunciar y vivificar la fe. Pero ese es nuestro reto y esa es nuestra esperanza.